



CHARIS

Catholic Charismatic Renewal International Service

---

### 3. CON MARÍA EN EL CENÁCULO EN ESPERA DEL ESPÍRITU SANTO

---

En los Hechos de los Apóstoles, después de haber enumerado el nombre de los once apóstoles, el autor prosigue con estas palabras: “Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hch I, 14).

Ante todo debemos despejar el terreno de una impresión equivocada. También en el Cenáculo, como en el Calvario, se menciona a María junto a algunas mujeres. Se diría pues que está allí como una de ellas, ni más ni menos. Pero al llamarla «madre de Jesús», después de la mención de su nombre, todo cambia y pone a María en un plano completamente distinto, superior no sólo al de las mujeres, sino incluso al de los apóstoles.

¿Qué significa que María esté allí como la madre de Jesús? Que el Espíritu Santo que está por venir es ¡«el Espíritu de su hijo»! Entre ella y el Espíritu Santo hay un vínculo objetivo e indestructible que es el mismo Jesús que han engendrado juntos. De Jesús, en el Credo, se dice que «por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen». María no está por lo tanto en el Cenáculo simplemente como una de las mujeres, aunque desde afuera nada la distinga de las otras, y ella tampoco haga nada para distinguirse de las otras.

María, que a los pies de la cruz nos es presentada como Madre de la Iglesia, en el Cenáculo se nos presenta como madrina. Una madrina fuerte y segura. La madrina, para poder desempeñar esta función, debe ser una que ya ha recibido, por su parte, el bautismo. Así era María: una bautizada en el Espíritu Santo que ahora apadrina a la Iglesia en su bautismo en el Espíritu.

María, que en los Hechos es presentada como perseverante en la oración en espera del Espíritu Santo, es la misma que el Evangelista Lucas nos presenta, al principio de su Evangelio, como aquella sobre la cual descendió el Espíritu Santo. Algunos elementos hacen pensar en un paralelismo estrecho entre la venida del Espíritu Santo sobre María en la Anunciación, y la venida sobre la Iglesia en Pentecostés, ya sea tal paralelismo querido por el evangelista, ya sea debido a la correspondencia objetiva entre las dos situaciones.

A María, el Espíritu Santo se le promete como « poder del Altísimo », que « vendrá » sobre ella (cf Lc 1, 35); a los apóstoles igualmente se les promete como « fuerza » que « vendrá » sobre ellos « desde lo alto » (cf Lc 24, 49; Hch 1, 8). Recibido el Espíritu Santo, María se pone a proclamar (megalynei), en un lenguaje inspirado, las grandes obras (megala) cumplidas en ella por el Señor (cf Lc 1, 46.49); igualmente, los apóstoles, recibido el Espíritu Santo, se ponen a proclamar en diversas lenguas las grandes obras (megaleia) de Dios (cf Hch 2, 11). También el Concilio Vaticano II pone en mutua relación los dos acontecimientos, cuando dice que en el Cenáculo « María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra »<sup>1</sup>.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1, 35). Todos aquellos a los que es enviada María, después de este descenso del Espíritu Santo, son, a su vez, tocados o movidos por el Espíritu Santo (cf Lc 1, 41; 2, 27). Ciertamente es la presencia de Jesús quien irradia el Espíritu, pero Jesús está en María y



CHARIS

Catholic Charismatic Renewal International Service

actúa a través de ella. Ella se presenta como el arca o el templo del Espíritu, como sugiere también la imagen de la nube que la ha cubierto con su sombra. De hecho evoca la nube luminosa que, en el Antiguo Testamento, era signo de la presencia de Dios o de su venida a la tienda (cf Ex 13, 22; 19, 16).

La Iglesia ha recogido este dato revelado y lo ha colocado pronto en el corazón de su símbolo de fe. A finales del siglo II, se declara, en el así llamado Símbolo apostólico, la frase según la cual Jesús «nació del Espíritu Santo y de la Virgen María». En el Concilio Ecuménico de Constantinopla del 381 – aquel que definió la divinidad del Espíritu Santo -, tal artículo entró también en el símbolo Niceno-Constantinopolitano, donde se lee de Cristo que se « encarnó del Espíritu Santo y de María, la Virgen».

Se trata por tanto de un dato de fe acogido por todo los cristianos, tanto de Oriente como de Occidente, tanto católicos como protestantes. Es una base segura y no es pequeña para encontrar la unidad de los cristianos en torno a la Madre de Dios. María se presenta ligada al Espíritu Santo por un vínculo objetivo, personal e indestructible: la persona misma de Jesús que han engendrado juntos, aunque con contribuciones completamente diferentes. Para tener separados entre ellos a María y al Espíritu Santo, hace falta separar al mismo Cristo, en el cual sus diferentes operaciones se han concretizado y materializado para siempre.

Jesús ha unido a María y al Espíritu Santo más de lo que un hijo une entre sí al padre y a la madre, porque si cada hijo, con su simple existencia, proclama que padre y madre han estado unidos un instante según la carne, este hijo que es Jesús proclama que el Espíritu Santo y María han estado unidos «según el Espíritu» y por lo tanto de manera indestructible. También en la Jerusalén celestial, Jesús resucitado sigue siendo el que fue «engendrado por el Espíritu Santo y por María, la Virgen ». También en la Eucaristía, recibimos al que fue «engendrado por el Espíritu Santo y por María, la Virgen».

María la primera carismática de la Iglesia

Después de Jesús, María es la mayor carismática de la historia de la salvación. No en el sentido que haya tenido el mayor número de carismas. Al contrario, exteriormente ella se presenta pobre en carismas. ¿Qué milagros ha hecho María? De los apóstoles se dice que hasta su sombra sanaba a los enfermos (cfr Hch 5, 15). De María no se conoce, en vida ningún milagro, ninguna acción prodigiosa y llamativa. Ella es la mayor carismática porque en ella el Espíritu Santo ha cumplido la más suprema de sus acciones prodigiosas, que consiste en haber suscitado de María, no una palabra de sabiduría, no un don de gobierno, no una visión, no un sueño, no una profecía, sino la vida misma del Mesías, la fuente de todos los carismas, ¡de quien hemos recibido “gracia sobre gracia” (Jn 1, 16)!

Algunos Padres antiguos han atribuido a veces a María el título de profetisa, sobre todo pensando en el Magnificat, o a causa de una aplicación equivocada a María de Isaías 8, 3. Pero, propiamente hablando, María no tiene el rango de los profetas. Profeta es aquel que habla en nombre de Dios; María no ha hablado en nombre de Dios. Ha callado casi siempre. Si ella es profeta, lo es en un sentido nuevo y sublime: en el sentido de que ha « proferido » silenciosamente la Palabra única de Dios, la ha dado a luz.

Lo que el Espíritu Santo ha obrado en María, si no es un simple caso de inspiración profética, puede en cambio y debe ser visto como un carisma, aún más, como el carisma más alto que haya sido jamás concedido a una criatura humana que supera al de los mismos hagiógrafos que han sido inspirados o movidos por el Espíritu para hablar de parte de Dios (cf 2 Pe 1, 21). De hecho, ¿qué es carisma y cuál es su definición? San Pablo lo define: una "manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Cor 12, 7).



CHARIS

Catholic Charismatic Renewal International Service

Ahora bien, ¿qué manifestación del Espíritu ha sido más singular que la de María y qué manifestación del Espíritu ha sido más de «provecho común» que la maternidad divina de María?

Lucas, poniendo a María en una relación tan íntima con el Espíritu, primero en la Encarnación y después, de manera diferente, también en Pentecostés, la presenta por tanto según la concepción general que él tiene de la acción del Espíritu, como la criatura pneumática por excelencia, que se mueve bajo el influjo del Espíritu, y como el lugar de la manifestación del poder creador de Dios. Pero todo esto no debe inducirnos a imaginar una relación entre María y el Espíritu Santo casi sólo objetiva y operativa, es decir que no toca la esfera más íntima de la persona, con sus emociones y sus sentimientos. María no ha sido sólo el «lugar » en el que Dios ha actuado. Dios no trata a las personas como lugares, sino precisamente como personas, esto es como colaboradores e interlocutores. Lucas conoce bien la sobria embriaguez que provoca, con su acción, el Espíritu de Dios. Lo pone de relieve en la vida de Jesús que un día « exultó » de gozo bajo la moción del Espíritu Santo (cf Lc 10, 21); lo dice de los apóstoles que, recibido el Espíritu, se ponen a hablar en lenguas y sonidos tan fuera de sí que algunos los toman por ebrios de mosto (cf Hch 2, 13). Y lo manifiesta, finalmente, en María, la cual, después de la venida del Espíritu Santo sobre ella, se va «deprisa» donde Isabel y entona el Magníficat, en el que expresa toda su exultación. San Buenaventura, un místico que conocía estos efectos de la obra del Espíritu Santo, describe así a María en este momento:

«Sobrevino en ella el Espíritu Santo como fuego divino que inflamó su mente y santificó su carne, confiriéndole una perfectísima pureza. [...] ¡Oh, si tú fueras capaz de sentir en qué medida, cuál y cuánto fue grande ese incendio bajado del cielo, cuál el refrigerio dado, cuál alivio infundido, cuál elevación de la Virgen Madre, la nobleza dada al género humano, cuánta condescendencia dada por la Majestad divina! Pienso que entonces también tú te pondrías a cantar con voz suave, junto con la bienaventurada Virgen, ese canto sagrado: “Mi alma magnifica al Señor”. Y, saltando y exultando de alegría, también tú adorarías, con el niño profeta, la maravillosa concepción de la Virgen»<sup>9</sup>.

También Lutero, en su comentario al Magníficat, atribuye a una acción extraordinaria del Espíritu Santo el cántico de la Virgen. De hecho escribe:

« Para la ordenada comprensión de este sagrado cántico de alabanza, es preciso tener en cuenta que la bienaventurada Virgen María habla por propia experiencia, habiendo sido iluminada e instruida por el Espíritu Santo; ya que nadie puede entender correctamente a Dios ni la Palabra de Dios, si no se lo concede directamente el Espíritu Santo. Pero recibir ese don del Espíritu Santo significa hacer experiencia de él, probarlo, sentirlo; el Espíritu Santo enseña desde la experiencia como en la propia escuela, fuera de la que nada se aprende que no sea apariencia, palabra hueca y charlatanería. Por tanto, la Santísima Virgen, habiendo experimentado en sí misma que Dios hace grandes cosas en ella, a pesar de ser humilde, pobre y despreciada, el Espíritu Santo le enseña, el arte y la sabiduría según los cuales Dios es el Señor que se complace en alzar al que se humilla, y abajar al que está en alto» .

María es el ejemplo vivo de esa “sobria embriaguez del Espíritu”. En el primer encuentro histórico de la Renovación Carismática Católica con la Iglesia institucional en San Pedro, en 1975, al terminar de leer el discurso escrito, Pablo VI citó los versos de un himno de San Ambrosio “bebamos con gozo la abundancia sobria del Espíritu” (Laeti bibamus



CHARIS

Catholic Charismatic Renewal International Service

sobriam profusionem Spiritus”), y dijo que éste podría convertirse en el lema de la Renovación Carismática.

### María modelo de CHARIS

El Concilio Vaticano II ha vuelto familiar la expresión apreciada por los Padres que habla de María como “figura de la Iglesia”, su modelo, su madre. Yo querría subrayar como María es, en un sentido muy especial, modelo de CHARIS. La misma palabra “charis” la recuerda, la “llena de gracia”. Pero no solo por esto. María es la que habiendo recibido y experimentado en sí misma, en la Anunciación, el poder del Espíritu, en Pentecostés se pone a disposición de los discípulos para que también ellos reciban el mismo don y la misma “fuerza de lo alto”.

Y esto es exactamente lo que el Santo Padre y la Iglesia desean que sea CHARIS: un instrumento que, como María, no tengan ningún poder jurídico o ministerial, sino sólo de servicio humilde y de acompañamiento. Un “lugar” donde los que hayan experimentado la corriente de gracia del nuevo Pentecostés se pongan al servicio de los otros en la Iglesia para que ellos también puedan tener la misma experiencia renovadora. Un “lugar” donde los que hayan recibido gratuitamente, den gratuitamente.

Estando el mes de mayo dedicado a la Virgen, propongo una oración especial que nos permita estar también nosotros “con María en el Cenáculo a la espera del Espíritu Santo”. Se trata de un Rosario en el que con “los misterios” evoquemos la gran presencia del Espíritu Santo en la historia de la salvación y con las decenas de “Ave Marías” pidamos, por intercesión de la Virgen, experimentar en nosotros los frutos. Propongo algunos posibles enunciados para los misterios:

1. En el primer misterio contemplamos al Espíritu Santo en la obra de la creación. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas” (Gén 1, 1-2). Pidamos al Espíritu Santo que al principio del mundo separó la luz de la oscuridad, el agua de la tierra y transformó el caos en cosmos, que repita este milagro en el mundo de hoy, en la Iglesia y en nuestra propia alma, llevando unidad donde hay discordia, luz donde hay oscuridad, creando en nosotros “un corazón nuevo”. (Padre Nuestro, decena de Ave María y Gloria al Padre, como de costumbre).

2. En el segundo misterio contemplamos al Espíritu Santo en la revelación. “Movidos por el Espíritu Santo, han hablado [los profetas] de parte de Dios” (2 Pedro 1, 21). Pidamos al Espíritu Santo la “inteligencia de la palabra de Dios”. Inspiradas por Dios, las Escrituras ahora espiran a Dios, lo “rezuman”. Pidamos saber percibir en la palabra de Dios su voluntad viva para con nosotros en cada circunstancia de la vida. Pidamos que como María sepamos “acoger y meditar en el corazón” todas las palabras de Dios.

3. En el tercer misterio contemplamos al Espíritu Santo en la encarnación: “María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1, 34-35). También nosotros, ante una prueba o una cosa nueva que Dios pide le preguntamos a menudo: “¿Cómo será esto? no conozco varón”, no tengo la capacidad, es superior a mis fuerzas... La respuesta de Dios es siempre la misma: “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros” (Hechos 1, 8). Pidamos al Espíritu Santo que como formó la humanidad de Cristo en el seno de la Virgen María y a través de ella lo donó al mundo, así forme en nosotros a Cristo y nos dé la fuerza de anunciarlo a los hermanos.



CHARIS

Catholic Charismatic Renewal International Service

4. En el cuarto misterio contemplamos al Espíritu Santo en la vida de Jesús: “Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma” (Lc 3, 21-22). “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva” (Lc 4, 18). En el bautismo, Jesús fue ungido como rey, profeta y sacerdote. En él el Espíritu Santo se guardó como el perfume en un frasco de alabastro (San Ignacio de Antioquía) y “se acostumbró a vivir entre los hombres (San Ireneo). En la cruz el frasco de alabastro de su humanidad se rompió y el perfume de su Espíritu se derramó sobre el mundo. Pidamos por intercesión de María una renovación de la unción profética, real y sacerdotal que hemos recibido en el bautismo. Pidamos que nos ayude a romper el frasco de vidrio de nuestra humanidad y de nuestro “yo” para que podamos ser “el buen perfume de Cristo” en el mundo.

5. En el quinto misterio contemplamos al Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. “Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (Hechos 2, 3-4). Se cumple la promesa hecha por Jesús antes de subir al cielo: “Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días” (Hechos 1, 5). Desde aquel día todo en la Iglesia vive y recibe la fuerza del Espíritu Santo: los sacramentos, la Palabra, las instituciones. “El Espíritu Santo es para el cuerpo de Cristo que es la Iglesia como el alma para el cuerpo humano” (San Agustín). Pidamos que por intercesión de la Virgen Madre, muchos se abran hoy a recibir la gracia renovadora del bautismo en el Espíritu.

Después del rosario del Espíritu, continuemos con unas Letanías del Espíritu. Recordemos algún nombre dado al Espíritu: Espíritu de santidad, Espíritu de paz, Espíritu de alegría, Espíritu de humildad, Espíritu de reconciliación, Espíritu de Cristo, etc.; si somos muchos rezando, cada uno puede pronunciar el nombre que le venga al corazón, y todos juntos respondemos: “¡Desciende sobre nosotros!”

P. Raniero Cantalamessa O.F.M Cap.  
Asistente eclesialístico de CHARIS